

—¿Habéisla visto vos encantada, Sancho?—preguntó el Duque.
—Y ¿cómo si la he visto!—respondió Sancho—Pues ¿quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio! Tan encantada está como mi padre.

El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquél debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprehendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo:

—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, o Don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática a Don Quijote, le dijo:—Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volved a vuestra casa y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, ¡mora tal!, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan!

Atento estuvo Don Quijote a las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto a los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo... Pero esta respuesta, capítulo por sí merece.

CAPÍTULO XXXII

*De la respuesta que dió Don Quijote
a su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos*

Levantado, pues, en pie Don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:

—El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por

haber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones sanas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; a lo menos, el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, sin tener conocimiento del peccado que se reprehende, llamar al peccador, sin más ni más, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o lo tengo? ¿No hay más sino, a troche moche, entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos, y mal a ninguno; si el que en esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—¡Bien por Dios!—dijo Sancho— No diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que persuadir en el mundo; y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

—¿Por ventura—dijo el Eclesiástico—, sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una insula?

—Sí soy—respondió Sancho—; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien «júntate a los buenos, y serás uno dellos»; y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces»; y de los «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija». Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo; que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí insulas que gobernar.

—No por cierto, Sancho amigo—dijo a esta sazón el Duque—; que yo en nombre del señor Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho—dijo Don Quijote—, y besa los pies a su excelencia, por la merced que te ha hecho.

Hízolo así Sancho; lo cual visto por el Eclesiástico, se levantó de la mesa mohino además, diciendo:

—Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras! Quédesse vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprehender lo que no puedo remediar.

Y sin decir más ni comer más, se fué, sin que fuese parte a detenerle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su cólera le había causado.

Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos, lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó a llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran menos blancas que las jabonaduras), no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero; tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban espe-

ando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó a la del aguamanil fuese por ella; que el señor Don Quijote esperaría. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reír, que se pudiera imaginar.

Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como veían con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha disolución poder disimular la risa. Las doncellas de la burla tenían los ojos baxos, sin osar mirar a sus señores; a ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían a que acudir, si a castigar el atrevimiento de las muchachas, o darles premio por el gusto que recibían de ver a Don Quijote de aquella suerte.

Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar a Don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro a la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir; pero el Duque, porque Don Quijote no se enojase en la burla, llamó a la doncella de la fuente, diciéndole:

—¿Venid y lavadme a mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al Duque como a Don Quijote; y dándose priesa, le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias, se fueron. Después se supo que había jurado el Duque que si a él no le lavaran como a Don Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle a él jabonado.

Estuvo atento Sancho a las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: —¡Válame Dios! ¡Si será también usanza en esta tierra lavar las barbas a los escuderos como a los caballeros! Porque, en Dios y en mi ánima, que yo he bien menester, y aun si me las rapasen a navaja lo tendría a más beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho?—preguntó la Duquesa.

—Digo, señora—respondió él—, que en las Cortes de los otros príncipes, siempre he oído decir que, en levantando los manteles, dan agua a las manos, pero no lejí a las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho para ver mucho; aunque también dicen, que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar; puesto que pasar por un lavatorio de estos, antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho—dijo la Duquesa—, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada, si fuere menester.

—Con las barbas me contento—respondió Sancho—, por ahora a lo menos; que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.

—Mirad, maestresala—dijo la Duquesa—, lo que el buen Sancho pide y cumplidle su voluntad al pie de la letra.

El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho; y con esto se fué a comer, y llevó consigo a Sancho, quedándose a la mesa los Duques y Don Quijote, hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La Duquesa rogó a Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso; que, según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha.

Sospiró Don Quijote, oyendo lo que la Duquesa le mandaba y dijo:

—Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerlo ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero, ¿para qué es ponerme yo ahora a delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros de los míos, empresa en que se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronce, y la retórica cirerariana y demostina para alabarla!

—Pero con todo eso, nos daría gran gusto el señor Don Quijote, si nos la pintase; que a buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tengan envidia las más hermosas.

—Sí hiciera por cierto—respondió Don Quijote—, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas que yendo los días pasados a besarle las manos, y a recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora; de hermosa, en fea; de ángel, en diablo; de olorosa, en pestífera; de bien hablada, en rústica; de reposada en brincadora; de luz, en tinieblas; y finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago.

—¡Válame Dios!—dando una gran voz dijo a este instante el Duque—¿Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba?

—¿Quién?—respondió Don Quijote—¿Quién puede ser sino algún maligno encantador, de los muchos envidiosos que me persiguen, esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos?

—No hay más que decir—dijo la Duquesa—; pero si con todo eso hemos de dar crédito a la historia que del señor Don Quijote, de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir—respondió Don Quijote—. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.

—Así es—dijo el Duque—; pero hame de dar licencia el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza a decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que, puesto que se concede que hay Dulcinea en el Toboso o fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias, que vuesa merced bien sabe.

—Ni eso puedo decir—respondió Don Quijote—, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más, que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar a ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, a hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote—dijo la Duquesa—, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aun al Duque, mi señor, si fuera menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida que el tal Sancho Panza halló a la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola,

aechando un costal de trigo, y por más señas, dice que era rubión, cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.

A lo que respondió Don Quijote:

—Señora mía, sabrá la vuestra grandeza que todas o las más cosas que a mí me suceden van fuera de los términos ordinarios de las que a los otros caballeros andantes acontecen; o ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, o ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso. Y como es cosa ya averiguada que de todos o los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules a Anteo, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la Tierra; quiero inferir de lo dicho que podría ser que yo tuviere alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables; ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso a encerrarme, si no fuera a fuerzas de encantamientos; pero pues de aquél me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empecca. Y así, viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad, quiero decir a vuestras magnitudes cómo viniendo poco ha por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día, habiéndola visto Sancho, mi escudero, en su mesma figura, que es la más bella del orbe, a mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos; y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas, hasta verla en su pristino estado.

A este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote,

cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y a deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, o por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar; seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

—¿Qué es esto, hermanos?—preguntó la Duquesa—¿Qué es esto? ¿Qué queréis hacer a ese buen hombre? ¿Cómo? Y ¿no consideráis que está electo gobernador?

A lo que respondió el pícaro barbero:

—No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque, mi señor, y el señor, su amo.

—Si quiero—respondió Sancho con mucha cólera—; pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí a mi amo, que a él le laven con agua de ángeles, y a mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y al que se llegare a lavarme ni a tocarme a un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le dare tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras, más parecen burlas que gasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la Duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto a Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así, haciendo una profunda reverencia a los Duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo a la canalla:

—¡Hola, señores caballeros! Vuestas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, o por otra parte, si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro; y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros; tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaques de burlas.

Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

—¡No, sino lléguense a hacer burla del mostrenco! Que así lo sufriré, como ahora es de noche. Traigan aquí un peine o lo que quisieren y almolhácneme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen a cruces.

A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la Duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y, como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, en traer a tal personaje y a tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, como mandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el maestresala, que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así, quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos, se fueron y le dejaron; el cual, viéndose fuera de aquel, a su parecer, sumo peligro, se fué a hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo:

—De grandes señores grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos, si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de la vida en servir a tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna destas cosas puedo servir a vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho—respondió la Duquesa—, que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, o cirimonias, como vos decís. ¡Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo; que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el Duque, mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué a reposar la siesta, y la Duquesa pidió a Sancho que, si no tenía mucha gana de dormir, viniese a pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro o cinco horas las siestas de verano, que por servir a su bondad, él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente a su mandato; y fuése.

El Duque dió nuevas ordenes cómo se tratase a Don Quijote como a

caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuenta que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIV

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro.

Grande era el gusto que recibían el Duque y la Duquesa de la conversación de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenía de hacerles algunas burlas, que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de lo que Sancho ya les había contado de la cueva de Montesinos para hacerle una que fuese famosa; porque de lo que más la Duquesa se admiraba era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido a creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio; y así, habiendo dado orden a sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí a seis días los llevaron a caza de montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

Diéronle a Don Quijote un vestido de monte, y a Sancho otro verde de finísimo paño, pero Don Quijote no se lo quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su Rucio (que no le quiso dejar, aunque le daban un caballo) se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafén, aunque el Duque no quería consentirlo; y finalmente, llegaron a un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos a otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros como por el son de las bocinas.

Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en

un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque, y también Don Quijote, y pusieron a sus lados; Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del Rucio, a quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algún desmán; y apenas habían sentido el pie y púestose en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí, crujendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano a su espada, se adelantó a recibirle Don Quijote; lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero a todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara.

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al Rucio y dió a correr cuanto pudo; y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes, estando ya a la mitad della, asido de una rama, pugnando por subir a la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo, y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba, le podía alcanzar, comenzó a dar tantos gritos y a pedir socorro con tanto ahinco que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote a los gritos de Sancho (que ya por ellos le había conocido) vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al Rucio junto a él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vió a Sancho Panza sin ver al Rucio, ni al Rucio sin ver a Sancho; tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó Don Quijote y descolgó a Sancho, el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma; que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, a unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba.

Sancho, mostrando a la Duquesa las llagas de su roto vestido, dijo:

—Si esta caza fuera de liebres o de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar a un

animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida; yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice.

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

—Ese fué un rey godo—dijo Don Quijote—, que yendo a caza de montería, le comió un oso.

—Eso es lo que yo digo—respondió Sancho—; que no quería yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, a trueco de un gusto, que parece que no lo había de ser, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engaáis, Sancho—respondió el Duque—; porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella astucia, estratagemas, insidias para vencer a su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobórandose las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que, ¡oh, Sancho!, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador, ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento.

—Eso no—respondió Sancho—; el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. ¡Bueno sería que viniesen los negociantes a buscarle, fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así, enhoramala andaría el gobierno! Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos, más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores; en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado, las pascuas, y a los bolos, los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.

—Plega a Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Haya lo que hubiere—replicó Sancho—; que al buen pagador no le duelen prendas; y más le vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan pies, que no pies a tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un jerifalte. ¡No, sino póngame el dedo en la boca, y verán si aprieto o no!

—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito!—dijo Don Quijote—Y ¿cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada? Vuestras grandezas dejen a este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan a sazón y tan a tiempo, cuanto le dé Dios a él la salud, o a mí si los quisiera escuchar.

—Los refranes de Sancho Pánza—dijo la Duquesa—, puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son menos de estimar por la verdad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados.

Con éstos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro que trujo consigo ayudó mucho la intención de los Duques; y así como comenzó a anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, a deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, y por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego y el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y ataron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lilelifes, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros, casi todos a un tiempo, tan continuo y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él, al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza; y finalmente, aun hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillón que en traje de demonio les pasó por delante, tocando, en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedía.

—Hola, hermano correo—dijo el Duque—, ¿quién sois? ¿Adónde vais? ¿Y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atravesas?

A lo que respondió el correo con voz horrisona y desentonada:

—Yo soy el diablo; voy a buscar a Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen a la sin par Dulcinea del Toboso; encantada viene, con el

gallardo francés Montesinos, a dar orden a Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Si vos fuéades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido a tal caballero, Don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

—En Dios y en mi conciencia—respondió el diablo—, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal a que venía se me olvidaba.

—Sin duda—dijo Sancho—que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque, a no serlo, no jurara «en Dios y en mi conciencia». Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista a Don Quijote, dijo:

—A ti, el *Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo), me envía el desgraciado, pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, a causa que trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores.

Y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno y volvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote: en Sancho, de ver que, a despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad o no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo:

—¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?

—Pues ¿no?—respondió él—Aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniere a embestir todo el infierno.

—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes—dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron a discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen a nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde

pasan. Añadióse a toda esta tempestad, otra que las aumentó todas, que fué, que parecía verdaderamente que a las cuatro partes del bosque se estaban dando a un mismo tiempo cuatro reencuentros o batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilies agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino a tierra, y dió con él, desmayado, en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ellas, y a gran prisa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo a tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba a aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobrè el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocaef; que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios, vestidos del mismo bocaef, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra.

Llegando, pues, el carro a igualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dijo: «Yo soy el sabio Lingardeo»; y pasó el carro adelante, sin hablar más palabra.

Tras éste, pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual, haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo: «Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la Desconocida»; y pasó adelante.

Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombrón robusto y de mala catadura, el cual, al llegar, levantándose en pie, como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: «Yo soy Arcalaús, el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela»; y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas, y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho

se alegró y lo tuvo a buena señal; y así, dijo a la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba:

—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad—respondió la Duquesa.

A lo que replicó Sancho:

—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá—dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV

*Donde se prosigue la noticia
que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea,
con otros admirables sucesos.*

Al compás de la agradable música, vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubiertas, empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados y frente dél ocupaban otros doce diciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía sentada una ninfa, vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, a lo menos vistosamente vestida; traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban a veinte ni bajaban de diez y siete; junto a ella venía una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro a estar frente a frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó a entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura